

dad, pero así lo cree ella irresistiblemente. Con eso no habiais contado, Sr. Girardin. Pues bien; una noche aprovecha aquella feroz mujer el momento en que, descansando el marido de las fatigas del día, se halla durmiendo en la cama entre sus hijos, porque aquel matrimonio tenía hijos, Sr. Girardin, y de un tremendo hachazo degüella al padre de sus criaturas. ¿Hizo caso esa mujer del Código penal? Pues bien; os declaro que aún existiendo el divorcio esa mujer hubiera matado á su marido, porque las hay que matan á sus amantes en medio de una libertad más completa aún que la de divorcio, puesto que no han llegado á casarse, y á veces precisamente porque no se casan. Os declaro también que con el sistema de matrimonio libre y de igualdad de los hijos ante la madre, la catástrofe hubiera sido aún más pronta, porque en un régimen donde todo se ha de tapar con el apellido materno, es decir, donde la esposa es más libre, ha de recelar cada mujer esa misma libertad de las demás; y por consiguiente, habiendo más facilidad de infidelidades, ha de engendrarse mayor frenesí en quien tenga la desgracia de dejarse arrastrar por la ciega pasión de los celos.

Y vaya otro suceso. En una de nuestras más importantes capitales de provincia sabe un marido que su mujer le es infiel. Creyendo sin embargo en su arrepentimiento la perdona, y después de haber estado mucho tiempo apartado del lecho conyugal,

vuelve á él confiado en las protestas de cariño de su mujer. Al día siguiente escribe ésta á un amante suyo, casado, que ya pueden volver á verse sin cuidado, porque su marido ha estado con ella. Esta horrible carta es interceptada por la esposa del adúltero y la remite en venganza al marido ofendido. Éste, con frialdad, con sangre fría, aparenta no saber nada, saca á su mujer á paseo en un coche, y á cierta distancia de la población la mata á pistolazos, huyendo después al extranjero, donde toma el hábito en un convento.

Aquí no hay sorpresa *infraganti* delito; aquí se arrostra el Código penal; aquí de nada sirve la ley; y decidme ahora, Sr. Dumas y Sr. Girardin, ¿para qué el divorcio si el amante es casado? ¿Para qué la libertad en el matrimonio si para casarse dos que se quieren adúlteramente es necesario que ocurra la disolución en dos matrimonios á un tiempo? ¿Irán á cambiar recíprocamente los maridos de mujeres? ¿Se apartarán la esposa infiel de su marido leal y el esposo adúltero de la mujer buena á la faz del mundo haciendo públicos los sucesos? Por más que pretendais, Sr. Girardin, que con vuestro sistema se borre la idea de adulterio; por más que logreis que algún día la humanidad considere ese delito como una invención social opuesta á la Naturaleza, hay una cosa que nunca os será posible desvanecer: la idea al menos de infidelidad y de deslealtad, ante la cual los

desleales é infieles procurarán serlo siempre ocultamente.

Debeis desengañaros. Es cuestion de condiciones humanas; es cuestion de genios, y por eso lo mismo para contraer amistades que para unirse á una mujer, sea en la forma que quiera, por matrimonio indisoluble ó soluble, no hay que buscar conveniencias materiales ni artificios artisticos, sino simpatías arraigadas y afectos engendrados por el trato ó por ese irresistible impulso que la despótica Naturaleza sabe imponer sin oposicion. Cuando esto no ocurra, ya podreis inventar todas las formas que querais; no lograreis evitar las catástrofes. Por consiguiente, las cuestiones que suscitais no pueden tener por motivo esos hechos sangrientos que de vez en cuando ocurren en el mundo, porque ocurrirán mientras la Naturaleza no modifique la condicion humana, y mientras no dé á todos los hombres y á todas las mujeres la benignidad necesaria para no enfadarse por nada, y mientras no les quite su sangre, sus nervios, su imaginacion, su alma toda.

Vamos, pues, ahora á tratar la cuestion como cuestion social, prescindiendo de si tal ó cual crimen, tal ó cual suceso hacen indispensable esta ó la otra solucion.

Escribis admirablemente. Os pareceis á aquel escritor que compuso un libro entero para demostrar la inconveniencia de las piernas, y lo hizo con tal

maestría, que falta poco para que los lectores concibian la idea de cortárselas inmediatamente. Pero la seduccion y el encanto de vuestro estilo son artificios de impresion pasajera, porque viene luégo la realidad práctica á desvanecer el primer triunfo que por sorpresa conseguís.

Empecemos por vos, señor Alejandro Dumas.

Todo vuestro empeño consiste en demostrar que la mujer es inferior al hombre; todos vuestros esfuerzos se encaminan á querernos persuadir de que existe un triángulo: Dios, el hombre y la mujer, en el cual el hombre comunica con Dios y la mujer con el hombre.

Presentais una historia de la creacion del mundo segun la Biblia, y llegais hasta el nacimiento de Jesucristo, todo para probar con sutiles interpretaciones que la mujer ha sido siempre alejada de los consejos de Dios; pero vuestra imaginacion os ha ocultado una cosa, y es que si con el talento que poseeis os hubieseis empeñado en demostrar lo contrario, apelando á los mismos medios, á las mismas citas y á la misma historia, fácil, muy fácil os hubiera sido hacerlo.

Por ejemplo, un triángulo tiene tres lados y tres ángulos. ¿Quereis que Dios sea uno de los lados? Los otros dos tendrán precisamente que estar en contacto con él y entre sí; por consiguiente, estarán en idéntica relacion con la Divinidad.

Decís que el Todopoderoso hizo de su soplo divino al varón, pero que á la hembra la formó con un pedazo de hombre, como demostrando su dependencia de éste. No faltará mujer que os diga: «Amigo mío, no lo entendeis; Dios hizo al hombre de barro y á la mujer de carne; luego ésta es superior, porque es el producto de una progresion y de un perfeccionamiento en la creacion: la Divinidad tuvo que hacer primero del barro carne, y luégo de la carne mujer. Y por eso el hombre es tosco y de formas agrestes, rudas y fieras, sobre todo cuando se deja crecer la barba; al paso que la mujer es fina, espiritual, vaporosa; en fin, un sér intermediario entre la materia bruta y el éter celeste.» Esto os podria decir cualquiera mujer, y ya veis como vuestra historia sagrada y vuestro triángulo sirven lo mismo para lo uno que para lo otro; y si os quedaseis perplejo, no faltaria tampoco hembra que añadiese: «Y cuidado, Sr. Dumas, que lo dudeis, porque sabré demostraros mi superioridad á estilo de Omfala sometiendo al hombre más fuerte de la tierra; ó bien os presentaré á Anibal detenido á las puertas de Roma por los halagos mujeriles; ó si quereis mejor que hagamos una excursion por la Biblia, os cortaré ese pelo fosco que teneis para recordaros lo que supo hacer con Sanson una antecesora mia.»

Aún podria decir más una mujer; pero lo indicaré callandito, porque si no somos discretos, las

hembras nos van á dejar atónitos acudiendo á la historia profana, así como vos habeis echado mano de la sagrada; y al lado de esos emperadores romanos viciosos, embrutecidos, crueles, abyectos y gastrónomos, ó de esos bárbaros sátrapas de Persia, ó de esos reyes de época más reciente, hipócritas, supersticiosos, tontos y hasta cobardes algunos de ellos, levantarán la figura de Semíramis, y de Cleopatra, y de Catalina de Rusia, y de Cristina de Suecia, y de Isabel la Católica, que escuchó á Colon despues que todos los reyes varones de su época se rieron de él.

Y como sois francés, Sr. Dumas, bueno sería que tambien hubiese alguna francesa que os recordase cierto período de vuestra historia, en que entre todos los varones de Francia no juntabais más que un rey memo, generales que volvian la espalda á los ingleses y soldados que no tenian bastantes piernas para escapar, reinando el aturdimiento, el espanto y el desconcierto en todo el país, hasta que una mujer, Juana de Arco, llevandos al combate, levantó vuestro espíritu desde la decadencia más abyecta hasta el heroísmo más sublime. Sin aquella mujer, la Francia sería hoy inglesa.

Y tambien os diria alguna otra en medio de su resentimiento por la manera con que las tratais: «Sr. Dumas, si tan inferiores somos al hombre, si tan poco valemós, ¿por qué nos teneis tanto miedo?»

¿Por qué aconsejais tantas precauciones contra nosotras? Paréceme, Sr. Dumas, que hasta la misma oriunda de Cain poco podría hacer tan sólo con sus instintos si no tuviera el talento de dominaros, y que no dice mucho en favor de vuestra superioridad eso de suponer que os engañamos y que perdemos á vuestros hijos. ¡Lo inferior puede más que lo superior! ¡Pobrecillos hijos vuestros, explotadores, no de nuestra debilidad, Sr. Dumas, sino de nuestras bondadosas complacencias, de nuestras afectuosas, tiernas y compasivas inclinaciones! Y si impelidas por vosotros mismos á ese camino que llamais de perdición llegamos á ser cortesanas, las hay entre nosotras que saben serlo de tal modo que os creéis honrados con su trato. Los hombres más sabios y más enaltecidos de la Grecia se inclinan ante la admirable Aspasia, esa mujer superior á los varones superiores de su siglo, puesto que los sometió hasta conseguir ser la esposa del más encumbrado de ellos; al mismo tiempo los filósofos y los hombres más cuerdos divinizan á la hermosa Frine. Entre vosotros mismos, Sr. Dumas, ¿no habeis tenido esos salones de la época de Luis XIV y de Luis XV, en donde las cortesanas os sobrepujaban en distincion, y adonde acudian los poetas, los escritores y los artistas más esclarecidos para prestar en obsequiosa porfia sus homenajes á esas hijas de Cain, á esas mujeres de la calle, como las llamais?»

No, Sr. Dumas, no hay en absoluto inferioridad en la mujer. El varon y la hembra, aunque formados cada cual para funciones orgánicas especiales, pueden valer más ó ménos segun su natural aptitud, su temperamento, sus disposiciones, su educacion y sus fuerzas físicas; y digo de propósito las fuerzas físicas, porque aún ante la consideracion de éstas hay mujeres tan hercúleas que os llevarian á cuestras sin fatiga, y hembras tan valientes que han sabido en ocasiones rehacer á los dispersos restos de una derrota masculina para hacerla volver á la carga. Y guardaos de ponerlo á prueba, porque con el coraje que os tienen, podriais servir de ejemplo bien molido á golpes en contestacion á vuestra atrevida tésis.

Buscadme á un niño, ponedle sayas y dadle una educacion enteramente igual á la que dais á la mujer. Enseñadle á barrer, á fregar, á coser, á remendar calcetines, á encender la lumbre; tenedle recatado, hacedlo asustadizo, rodeadlo de misterios, y vereis el producto que de aquí saldrá. Aún sin esto hay hombres, y no pocos, tan maricas, tan remilgados, tan miedosos, tan supersticiosos, tan delicados, tan impresionables, que no parecen sino mujeres disfrazadas.

Tomad, por el contrario, á una niña; dadle una educacion varonil, y vereis como en lugar de asustarle los tiros, será ella capaz de asustaros á vos

con un revolver en la mano. Aun sin esto ha habido mujeres que disfrazadas de hombres han figurado como soldados, sin que se descubriera su sexo sino por alguna rara casualidad.

Vuestra clasificacion de las mujeres es ingeniosa. Vestales, matronas, cortesanas, ó bien mujeres del templo, mujeres de la casa y mujeres de la calle. Perfectamente. Para vos, París es toda la Francia, más aún, es el mundo entero; pero ni aún habeis estudiado bien vuestra capital. Hay allí otra clase de mujeres, que ni son del templo, ni del hogar, ni de la calle; son simplemente mujeres. Nadie ha ido á sacarlas del templo, como lo suponeis para todas las que no son de calle; nadie ha ido á buscarlas con la llave de la libertad en la mano. Constituyen una clasificacion que pudiera llamarse de independientes. Van poco á poco quitando á los hombres sus modos de vivir, é invadiendo los mostradores y despachos. Allí las veis pacientes, resignadas, infatigables, trabajar con una pertinacia y una asiduidad de que pocos hombres son capaces, haciendo asientos, sumando cuentas, llevando la correspondencia ó regentando un comercio. Van conquistando entre vosotros los únicos puestos que les son permitidos, y es otro tanto contingente rebajado del que estaba destinado para la calle. De ésta huyen todo lo que pueden y os la dejan á vosotros libre. Podrán tener, si quereis, alguna afeccion; podrán contraer alguna

amistad íntima, porque no debeis negarles lo que no negais á vosotros mismos, que es tener corazon y responder á los fines de la Naturaleza; pero de esto á ser mujeres de la calle hay una diferencia muy grande.

Pues bien, si esa invasion se generaliza; si, como ya sucede en los Estados-Unidos, llegan las mujeres á demostrar que sirven para algo más que para concebir, todas las cuestiones sociales que tratais quedarán mejor resueltas por la independencia misma del bello sexo, haciéndose lugar entre vuestras profesiones, que por todos los artificios que proponeis.

Y nótese de paso una cosa, y es que colocados los hombres y las mujeres en condiciones iguales, la aptitud de estas últimas aparece siempre más pronunciada que la de aquéllos, como si la Naturaleza hubiese querido que lo masculino sólo se ocupase de las faenas musculares. Es más difícil encontrar entre cien hombres que hayan estudiado lo mismo uno que sirva para la contabilidad, que entre cien mujeres que la cursan. Entre las reinas y emperatrices que ha habido en el mundo, ha estado lo bueno en mayor proporcion que entre los reyes y emperadores. Hoy mismo, entre los que se dedican á la música, es más fácil hallar una buena tiple que un buen tenor. Todos estos hechos prácticos valen mucho más que esas bonitas teorías vuestras del movimiento en lo masculino, de la forma en lo femenino, del

choque ántes que la fusion de los términos, de la aspiracion del movimiento á arrastrar la forma, y de la tendencia de la forma á detener el movimiento. No seais tonto, Sr. Dumas; el movimiento y la forma no chocan entre sí cuando hay simpatía; se fusionan sin choque. Si no existe atraccion, no llegará el caso de fusionarse, áun cuando precediera el choque. Podrá haber violencia, pero no fusion.

Lo que decís de la influencia del sacerdote en la familia, es verdad; pero lo mismo sucede allí donde no hay sacerdotes, y lo mismo sucederá siempre allí donde haya hombres y mujeres.

Despues de la clasificacion de las mujeres, procedeis á la de los hombres, y no admitís más que dos clases de ellos: *los que saben* y *los que no saben*, permitiendoois vuestro ingenio jugar con el mismo lector, porque le suponeis perteneciente al gremio de los que no saben.

Muchas gracias; y ya que el sabio sois vos, puesto que enseñais á los demás, hacedme el favor de decir si las mujeres pudieran dividirse tambien en mujeres que no saben y mujeres que saben, porque entónces podríamos casi casi hallar el enigma de la felicidad. Vos suponeis que todo consiste en el hombre, segun sepa ó no conducirse; pero no falta quien sostenga que todo depende de la mujer, segun sepa ó no manejarse.

Y vamos con este motivo á discurrir un poco

sobre vuestro mismo tema, pero variando los términos.

—Parodiando vuestros conceptos (1), diremos que las mujeres se dividen en dos órdenes de una sencillez elemental:

Las mujeres *que saben*, es decir, algunas.

Las mujeres *que no saben*, es decir, todas las demás.

Las primeras son las que encarrilan las costumbres, así como dirigen la moda.

Mas como las segundas son más numerosas, el hábito que en ellas engendra la práctica de unas mismas cosas y la enseñanza recibida les hace resistir todo progreso áun siendo en favor suyo. Ellas son las que, áun ántes que el hombre, se han asombrado de ver á una mujer ejercer alguno de esos oficios que llaman varoniles, y que el uso hará con el tiempo tan mujeriles como llevar enaguas. Ellas mismas son las que se oponen á la direccion que las primeras tratan de imprimir á las prácticas sociales, medio por el cual, ya que no les es permitido otro, tienden á modificar la humanidad. Ellas son las que al reirse de sus compañeras se rien de sí mismas sin saberlo; y ellas las que abandonan el hombre á toda la fogosidad de sus pasiones, de sus sentimientos, de su libertad y de sus costum-

(1) EL HOMBRE-MUJER, pág. 18 y siguientes.

bres. Ellas son también las que en la crianza de sus hijos introducen gérmenes de disolución y los incitan á veces contra sus mismas compañeras y se alegran cuando les dan noticia de alguna amorosa conquista y aún les ayudan, y si no preguntádselo á la madre de Precorbin.

Quando el hombre cae en manos de la mujer *que sabe*, las cosas marchan á las mil maravillas, porque la mujer *que sabe* no se equivoca en la aceptación de los homenajes masculinos, ó conoce lo que debe hacer si es que por casualidad se ha equivocado. Mas como son pocas las mujeres *que saben*, la mayor parte de los hombres tropiezan con las que *no saben*. Y como el hombre no puede funcionar sin la mujer, puesto que ella es la forma á la cual se ha de aplicar el movimiento, bien podeis comprender adónde pueden ir juntos, ó cada uno por su lado, cuando ella ignora dónde debe ir. De donde podría deducirse que cuando el hombre comete una falta, siempre la culpa es de la mujer.—

¿Quereis que prosigamos? ¿Para qué detenernos en tan pesadas elucubraciones? Tendríamos que cambiar todo el cuadro que con mano maestra pintais del acto del casamiento y de sus consecuencias, cuadro que habeis ido á buscar entre la gente remilgada, que está en minoría en la sociedad. En vez de esa vírgen turbada, tímida y en actitud de plegaria que despide por todos los poros angelicales misterios, os

presentaríamos la burguesa arrogante ó la alegre labriega, dispuesta á emprender la lucha de lo masculino con lo femenino, como vos decís, sin pensar que ha de ser á un tiempo víctima y altar en el sacrificio que se va á ofrecer, ni que va á morir algo en ella, ni á remontarse al cielo con las alas desplegadas. Tampoco esa mujer hablará con terror, ni vergüenza, ni repugnancia, ni tristeza de la primera realidad, sino que por el contrario se complacerá en ponderar ante sus compañeras el número de realidades que su marido le proporciona.

Donoso estais también al asegurar que son muy escasas las que llegan *con el tiempo* á saborear el placer, siendo necesario para ello una disposición especial poco frecuente ó una iniciación progresiva. Las madres más fecundas, decís, suelen desconocerla, y hay mujeres adúlteras y cortesananas que se han perdido sólo por buscarla, y que mueren sin haberla experimentado. ¿Habeis ido, Sr. Dumas, á preguntárselo á todas una por una?

Volvamos á nuestra mujer, que es la regla general y la inmensa mayoría, y dejémonos de la vuestra que es la excepción. La hembra de que nos ocupamos, la de la clase media, la labriega, la del artesano, la del artífice, esa no aconseja visitas á su marido, ni partidas de campo, ni le ocurre tomar actitudes graciosas y púdicas, ni se preocupa de emociones; se pone al frente de sus faenas domésticas y comparte

á veces el trabajo del hombre sin remilgos ni exigencias.

«Para su esposo, decís, el poder espontáneo, pero intermitente; convenido. Para ella el poder continuo y duradero.» ¿Y así quereis demostrar la inferioridad de la mujer?

No os sigo en vuestras demás pretensiones de querernos presentar como la mujer más perfecta á la que se ha formado en vuestros salones, suponiendo que las otras son combinaciones químico-sociales ó mezclas de razas que existen alrededor de nosotros, segun vuestra teoría, y entre las cuales hay mujeres oriundas de hotentotes y de salvajes de la Mendana, y hasta del enlace de Cain con una mona del país de Nod. Eso es soberanamente ridículo.

¿Pero sabéis que si á las mujeres no las tratais muy bien, al ménos deben estaros agradecidas por las figuras de hombres que nos presentais?

Cuando nos cásamos tenemos cara de bobos, segun vos, y estamos aturdidos; luégo la mujer con achaque del embarazo nos elimina; nos avergonzamos de acompañarla cuando está en cinta, despues ya no somos nada porque el chiquillo lo es todo, y sólo seremos admitidos á hacerla madre de nuevo, cuando le haya gustado la maternidad, porque si no, ¡pobres de nosotros! ¡Y si somos de los que no saben, nos eliminarán de la vida interior, nos suprimirán como esposos reales, nos limitarán como pa-

dres efectivos, y sólo nos utilizarán como generadores! ¡En cambio nos consolarán cuando estemos enfermos y nos compadecerán cuando seamos desgraciados! Todo eso hará con nosotros ese sér inferior, delicado, indefenso. ¡Consolarnos y compadecernos! ¡A nosotros los fuertes, los sabios y los entendidos! ¡Y cuando nos busquen como amantes, habrá tan poco que escoger entre nosotros, que se tendrán que contentar con un maniquí, jugador, truhan, que huela á patchulí, tabaco, vino y estiércol de cuadral

¡Sr. Dumas, Sr. Dumas, esto es ya demasiado! Hay que dejaros, porque vuestra imaginacion pudiera, á fuerza de habilidades, llegar hasta el extravío mental.

¿Y adónde vais á parar con toda esa clasificacion de mujeres y esas descripciones horripilantes de matrimonios rebuscados entre el mundo que teneis á mano? ¿Qué deducccion sacais? Que es necesario el divorcio. Para eso no necesitabais tanto aparato.

Pero añadís que miéntras no exista el divorcio hay que matar á la mujer adúltera. Ya os he dicho que bastante tienen los hombres y las mujeres con sus pasiones, con su irascibilidad, con la efervescencia de su sangre, ó por el contrario, con su benignidad ó su apatía para matarse ó perdonarse recíprocamente, sin que vengais á erigir en derecho la matanza.

En cuanto al divorcio, teneis razon. Es necesari-